MARIA LUISA MADRONA

Dios los cría.....

Boceto de comedia en un acto,
en prosa y verso, original

Estrenado en el Teatro Cómico de Madrid
el día 25 de Mayo de 1926

Copyright by María Luisa Madrona

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
Calle del Prado, núm. 24
1926

DIOS LOS CRIA.....

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, Tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvége et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

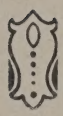
7

DIOS LOS CRIA.....

Boceto de comedia en un acto,
en prosa y verso, original de

María Luisa Madrona

Estrenado en el Teatro Cómico de Madrid,
el día 25 de Mayo de 1926.



MADRID
«Publicaciones Españolas»
Pasaje de la Alhambra, 1.-Teléfono 28-40 H.
1926

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Doña Ana (Madrina del Conde).....	Srta. Prado.
Doña Dolores (Su esposa).....	Sra. Martín.
Teresina (Sobrina de Don Casimiro)	Srta. Solís.
Mari-Rosa (Idem).....	» Lajos.
Gracy (Amiga de Teresina).....	Sra. Melchor.
Don Casimiro.....	Sr. Chicote.
Rogelio (Primo de Teresina y Mari-Rosa).....	Sr. Costa.
Conde de Lanci (Prometido de Teresina).....	» Castro.
Un criado	Sr. Henche.

La acción, en Madrid.—Epoca actual

Derecha e izquierda, las del actor

A telón corrido sale un actor a decir el siguiente

PROLOGO

Respetable público: La autora hace saber a ustedes que este boceto de comedia es como un «Pim-Pam-Pum», donde cada personaje representa un tipo de los que a diario se cruzan en nuestra vida: no están en escena más que el tiempo preciso para darse a conocer, y que, como en dicho juego, al ser derrumbados por el impulso de la pelota, desaparecen sin intervenir más, pues la obra no tiene casi argumento: quedan de ella en pie, solamente, las figuras vibrantes que pretenden representar el verdadero amor y el arte; esto es, lo inmortal.

(Queda al buen juicio de los señores directores artísticos o de escena que se diga o no este prólogo, según las conveniencias de la compañía y las circunstancias especiales que concurran en cada población.)

ACTO ÚNICO

Salón lujosamente amueblado. Puerta al foro: otra a la izquierda; a la derecha, gran ventanal por el que se ve un jardín. En un rincón, una lámpara de pie, encendida, con gran pantalla. Sobre los muebles, cestos o jarrones con flores, imitando las naturales. En primer término derecha, mesita pequeña con un cesto lleno de rosas; al lado, una o dos sillas; a la izquierda, pequeño sofá y butaquitas o sillas. De la pared de la derecha cuelgan dos retratos, uno de señora y otro de caballero. Del techo pende una lámpara, también encendida, que juega con interruptor en la puerta del foro.

(Al levantarse el telón, TERESINA, muchacha de veinte a veintiún años, vestida con traje de seda sencillo y sin ninguna alhaja, estará de pie arreglando las flores. DOÑA DOLORES, señora de cerca de sesenta años, de cabellos blancos y vestida con traje de seda oscuro, sentada al lado de la mesita, leerá un libro o periódico. DON CASIMIRO, hombre de cincuenta y cinco a sesenta años, de pelo cano, cara rasurada y modales bruscos, vestirá bata de casa. Al levantarse el telón pasea por la habitación; luego se sienta (a gusto del actor.)

ESCENA PRIMERA

D. CASI. ¡Nos ha divertido la paleta!

TERESINA Y que con el romanticismo resulta todavía más ridícula, porque si vistiera falda redonda y pañuelo estampado, con que la llevaran los criados a dar un paseo por la corte y en casa no pasara del office porque se avergonzara de estar en el salón, muy bien; pero con sus ínfulas de literata es insoportable. Viene por primera vez a Madrid y no desea más que admirar los cuadros de Goya, oir las sesiones del Ateneo y cosas por el estilo.

D. CASI — Arte, arte. A ver si ocurre lo que con una sobrina de Quiroga, que después de haber venido de Asturias de cuidar gallinas, se vestía y pintaba como una cocotte. Le llamaban la paleta de pintura.

D.ª DOLO. — El caso es que tu sobrina no huele a pueblo y se expresa bien. ¡Qué casualidad, llegar el mismo día que el futuro de ésta! *(Señalando a Teresina.)*

TERESINA — Después de anunciar dos años la visita, sí que hemos tenido pata. Y no creáis, me la ha soltado; que no vamos de luto por su madre.

D. CASI — Tiene razón; apenas han pasado cuatro meses de la muerte de mi hermana, ¡pero hacía tantos años que no nos veíamos!... desde que enviudó... siempre con el cuñado cura y la niña... lo sentí... lo sentí... pero...

D.ª DOLO. — Pues cuando murió aquel personaje que no te alcanzaba un galgo el parentesco, hasta te pusiste gasa en el sombrero.

TERESINA — Yo le dije que hemos llevado luto; pero como esperábamos de un momento a otro al conde, cuya boda conmigo está concertada, teníamos que ponernos para recibirlo *toilettes* más vistosas. Y decidme, ¿esta tarde no se aparecerá la niña?

D.ª DOLO. — No hay cuidado. Ha ido con Francisca—que ya le he dicho es mujer de toda confianza—a unas compras, y luego a casa de doña Ramona, la señora con quien ha venido del pueblo y que marcha mañana.

TERESINA — Habrá ido a buscar al primito Rogelio, al bohemio...

D.ª DOLO — Niña, no digas tonterías; a Rogelio le ha escrito para que venga a verla.

TERESINA — No nos faltaba más que ese.

D.ª DOLO. — Tranquilízate; ya he dicho que hasta las ocho no lleven la carta.

TERESINA — Esos se quieren. Bastantes cartas he sorprendido cuando él estaba con nosotros.

D. CASI. — Como que los dos viven en la luna. Que si la música, que si los versos... ya me dió guerra el majadero, ya.

TERESINA — Miren que por culpa de la dichosa primita

tener que dar la comida en el Ritz, porque aquí seguramente se sentaría a la mesa y nos pondría en ridículo.

D.ª DOLO — Parece que llega gente. *(Vase don Casimiro por la izquierda.)*

ESCENA II

DOÑA DOLORES, TERESINA y GRACY, que entra por el foro.

(Gracy es una muchacha de unos diez y ocho años, muy pintada y llamativa, con los cabellos rubios o rojos, cortados a lo garçon; irá vestida con traje de calle, de lana, excesivamente corto (según la moda actual), llevará sombrero, un pequeño bolso y bastón. Sus ademanes han de ser muy desenvueltos.)

TERESINA — *(Yendo hacia la puerta.)* ¡Gracy!

GRACY — *(Entrando.)* ¡Teresina! ¡Teresina! Un minuto, mujer. No quiero dejar de felicitarte.

D.ª DOLO. — *(Aparte.)* Ya me pilló.

GRACY — ¿Cómo va, mi señora doña Dolores?

D.ª DOLO — Muy bien, niña, muy bien.

GRACY — ¡Qué florida está la casa!

TERESINA — No sé cómo te choca. Ya sabes que me gustan las flores.

GRACY — Sí; pero hoy esto es el jardín del amor

TERESINA — Déjate de guasa.

GRACY — ¡Ay!, no lo puedo remediar; cada vez que voy a dar la enhorabuena a una amiga próxima a casarse o en plena luna de miel, me entra una nerviosidad... Y menos mal si la encuentro sola, porque si está el palomo y empiezan a arrullarse, tengo que pasarme tres días tomando antihistérica.

D.ª DOLO — *(Aparte).* ¡Está lucida!

GRACY — *(Tirándose en una silla y dejando ver más de lo correcto.)* ¡Ay, qué cansada vengo! *(Mirando los retratos al óleo.)* Y éstos, ¿te los han presentado también hoy?

TERESINA — Son antepasados de mi tía; verás. *(Hablan entre sí.)*

D.ª DOLO — *(Aparte.)* ¡Qué escándalo! ¡Ha suprimido el *maillot!*

GRACY — Cuenta, cuenta. *(Del bolso de mano saca una*

pitillera y de ella un pitillo; lo enciende y fuma.)

TERESINA Nada tengo que añadir a lo que sabes. Nos hemos conocido por retrato; las familias, conformes...

GRACY ¿Conformes? *(Riendo.)* Si son ellas las que han arreglado...

TERESINA ¡Jesús! ¡Arreglado! Buena soy yo para hacer una cosa que no me agrade. Ya veremos lo que sale de aquí.

GRACY ¿Lo que sale de aquí? Una condesa.

TERESINA ¡Qué graciosa estás!

GRACY Mujer, como esto ha sido un escopetazo... habla, habla.

TERESINA Ya sabes que soy huérfana, y que los tíos me han servido de padres. Doña Ana, que es amiga de casa y madrina de mi novio, ha sido la intermediaria. Como los duques, mis futuros suegros, viven en París y esta señora pasa allí grandes temporadas, enseñó mi retrato, que les gusté... que hablaron de mí... que me escribió...

GRACY Que te casas... Si vieras lo que están rabiando las de Jiménez desde que se han enterado...

TERESINA Es su estado normal: rabian por todo.

GRACY *(Levantándose muy de prisa.)* Me voy, que dentro de poco estorbaré. Va a llegar tu prometido y...

TERESINA ¡Qué tonta eres!

GRACY ¿Te vas a cambiar de traje?

TERESINA No soy tan cursi; no voy a hacer lo de la de Sierra el día de su petición de mano; yo, como estoy, hasta sin pendientes.

GRACY Tienes razón; además, resultas elegantísima y muy guapa con esa *toilette. (Bajando la voz.)* Pero, con franqueza: lo de las alhajas, ¿es elegancia o que las has empeñado?

TERESINA ¡Mujer, qué cosas tienes!

GRACY Como hace dos meses, jugando en casa al mah-jongg, perdiste, y para que tus tíos no se enteraran de que jugabas fuerte, las pignoraste, creí...

TERESINA No, ahora es elegancia, como tú dices; puedo enseñártelas.

GRACY La verdad es que tienes suerte; un conde que

será duque cuando muera su padre; guapo, pues aunque no has querido enseñarme el retrato, cuando tú lo dices... ¡para las birrias que me salen a mí!...

TERESINA — No seas tan modesta.

GRACY — *(Variando completamente de tono.)* ¡Ah, oye, oye! Te tengo que contar. La otra tarde estuvimos en el Alkázar mi hermana y yo. Ahora tenemos una carabina que es un encanto. Mamá creyó que íbamos a Lara. ¡Chica, qué revista! Y el novio de Lolín, que es tonto, decía, escandalizado: *(Imitando la manera de hablar de nuestros «pollos bien».)* «El espectáculo no es para vosotras: malchémonos.» ¿Habrá idiota? ¡Si nos hubiera visto en Folies Bergères!...

TERESINA — ¡Figúrate! ¿Y sigues tan dedicada al football?

GRACY — Es mi encanto; el otro día, un periódico me llamaba campeona.

D.ª DOLO. — Leí, leí el artículo. Y hasta se permitían alguna bromita referente a sus pantorrillas.

GRACY — Cosas de Paco Vélez, que siempre está a vueltas con mis formas.

D.ª DOLO. — Vaya, vaya.

GRACY — No puedo vivir sino en continuo movimiento; cuando no es una cosa, otra. Este verano, casi todo lo he pasado a caballo. Un día me perdí en un pinar donde tienen su finca los de Lozano. ¡Qué susto se llevaron! Yo no. ¿Qué me molestan? Un tiro y en paz.

D.ª DOLO. — ¡Qué horror! ¿Pero lleva usted revólver?

GRACY — La verdad, no lo llevo; pero lo creen, y así voy más segura.

TERESINA — ¡Eres colosal!

GRACY — ¡Si me vieras en mi alazán montada a la americana! ¿Que hay que vadear un río? No me arredro. ¿Que me persiguen? No me arredro. Una noche, ¡había una luna tan hermosa!, y me encontraba tan fatigada, que me bajé del caballo y me eché en el césped. De pronto escucho ruido de pasos y una voz que dice: «¡Qué portento de mujer! ¡La vida por poseerte!»

D.ª DOLO. — ¡Qué miedo pasaría usted!

GRACY — Nada de eso; no temí ni un momento; cogí las crines de mi Adonis y de un salto me coloqué en la silla. Un hombre joven, guapo, me devoraba con los ojos, mientras acariciaba su escopeta.

D.ª DOLO. — ¡Un bandido!

GRACY. — No, señora; un cazador, que desde entonces anda tras esta pieza. Quiso retenerme, hubo una pequeña lucha y logré escapar.

TERESINA — Oye, niña, no me coloques una película.

GRACY — Te aseguro que es cierto.

TERESINA — ¡Bah! ¿Y tu hermana Laida?

GRACY. — Apenadísima; figúrate que el pobre Titín ni come ni duerme; se ha quedado en los huesos. ¡Tiene una tristeza!; y ella, como lo quiere tanto, no va a ninguna parte; se pasa el día llorando.

D.ª DOLO. — ¿Algún hermanito?

TERESINA — No, tía, es un lulú al que adora.

GRACY. — Hija, nos tiene aburridas: dice que a ver si logra que lo vea un médico especialista, pues el albéitar no acierta a curarle el mal, y que a Titín le convendría un clima cálido, Málaga, Valencia, y en verano llevarlo a tomar aguas minerales... ¡Está imposible! A esa chica le gusta un poco la coco.

D.ª DOLO. — ¿La qué?

TERESINA — La cocaína, tía, ¿no comprendes?

D.ª DOLO — Ni palabra. *(Aparte.)* Y más vale no comprender.

GRACY — *(Dando la mano a doña Dolores.)* Con que, enhorabuena, y au revoir... *(Inicia el mutis hacia el foro, acompañada por Teresina.)* ¡Ah! Lo dicho; estas visitas que huelen a nupcias, me ponen los nervios en tensión. *(Vanse por el foro. Teresina vuelve en seguida.)*

ESCENA III

DOÑA DOLORES Y TERESINA

D.ª DOLO. — Al fin se fué esa cotorra. Será muy elegante, pero no la puedo soportar; por supuesto, que la culpa es de la madre, que en vez de vigilar a sus hijas, las abandona con tal de verse libre. El te semanal que daban las

niñas el año pasado era un escándalo. «No se admiten señoras ni hombres; sólo chicas», solía repetir la madre, y las fiestas neronianas eran una bagatela al lado de los tes blancos de las niñas.

ESECENA IV

DICHAS Y DON CASIMIRO.

(Este se ha vestido de chaqué o americana oscura y se ha colocado un gran alfiler de corbata y una enorme leontina. En el ojal de la solapa del chaqué o americana luce un botón representativo de una condecoración.)

TERESINA *(Indignada al ver a su tío.)* ¡Qué horror! ¡Cómo te has puesto! Ya te estás quitando ese pedrusco y la leontina. *(Señalando al botón de la solapa.)* ¿Y esto? ¿Desde cuándo eres caballero condecorado?

D. CASI. Desde ayer. Hay que ser listo. Me he comprado este botoncito igual al de Quiroga.

TERESINA ¿Pero por qué méritos vas a decir que?...

D. CASI. Ya le preguntaré a él por qué lo obtuvo.

TERESINA Pero, tío, no hagas esas cosas. Es lo mismo que plantar aquí estos retratos. Gracy, al entrar, los miró escamada, preguntándome quiénes eran: yo respondí con naturalidad: «Antepasados de mi tía. Los ha enviado un pariente que habita en Burgos y ha deshecho la casa». No sé si se la tragó. Mira que si averiguase que los has comprado en el Bazar de Ventas; además, es muy fácil que sean ascendientes de cualquier amigo.

D. CASI. Mujer, no iba a dar esa casualidad. Dí que se llaman don Roberto y doña Berengüela, que eso da lustre.

TERESINA Bueno, bueno. Anda, ve a quitarte esas cosas: ¡me luzco si no te veo antes de llegar ellos!; y tú, tía, no vayas a ponerte el pendentif, el collar y la cadena. Aprended de mí: sencillez, sencillez.

CRIADO *(Desde la puerta.)* Señor; ahí están dos hombres que traen unos paquetes muy grandes.

D. CASI. ¡Ah, sí! Que los pasen a mi despacho y deles dos pesetas. *(Medio mutis del criado.)* Digo..., una peseta... *(El criado inicia nueva-*

mente el mutis.) ¡Chist! Treinta céntimos. *(Vase el criado por el foro.) (A doña Dolores y Teresina.)* Uno es una figura de bronce que he comprado esta tarde y representa un *satírico.*

D.ª DOLO. *(Con extrañeza.)* ¿Eh?

D. CASI Sí; un satírico como el que tiene Sierra...

TERESINA *(Comprendiendo lo que quiere decir su tío.)* ¡Ah! Un sátiro, querrás decir.

D. CASI. Eso. De todo sabe esta niña.

D.ª DOLO. ¡Otra birria más!

D. CASI. *(A doña Dolores.)* El otro es una sorpresa que te preparo para tu tocador.

D.ª DOLO. ¿A ver qué es? Porque el grupo que me trajiste el otro día es una vergüenza.

D. CASI. Mujer, son Las Tres Gracias.

D.ª DOLO. Pues maldita la que me hace a mí tenerlas allí. Anda, vamos a arreglarnos. *(Vanse doña Dolores y don Casimiro por la izquierda.)*

ESCENA V

TERESINA, SOLA

TERESINA Esto va en serio: me caso... Mi tío cree que es algo que le queda en la vida que hacer por mí. En cuanto una chica cumple los veinte años entra en las quintas del matrimonio... No es que me pese, al contrario; es un buen partido, educado a la moderna, no creo que al ponerme la pulsera de pedida piense que me coloca la argolla de esclava; y si lo pretende, peor para él... ¡Qué envidia me tienen las amigas! Yo también la tuve, pasajera, cuando asistí a la boda de la de Sierra; pero la envidié más cuando enviudó. ¡Oh, qué libertad la de la viuda! No se depende de nadie... ¡Ay, viuda!... *(Horrorizada.)* ¡Jesús, qué cosas pienso! Cualquiera que me oyera ¡cómo me juzgaría!... Porque..., tú estás enamorada, ¿verdad, Teresina?... Sus cartas..., su retrato... ¡Su retrato! ¡Ese es mi tormento! ¿Será aquél? ¡No, no es posible!... Cuestión de parecidos... También a mí me confunden con la Bella Luzbel, una tanguista, y un día, hallándome en la Cuesta de las Perdices, en

Camorra, vino uno muy decidido, creyendo que era ella.

ESCENA VI

TERESINA, DON CASIMIRO y en seguida DOÑA DOLORES, los dos por la izquierda
(Don Casimiro se ha quitado el alfiler y la leontina, pero no el botoncito de la solapa. Doña Dolores no ha hecho más que arreglarse un poco.)

TERESINA *(Al verlos.)* Así, muy bien, que no parezcamos nuevos ricos.

D. CASI. ¿Nuevos, y hace más de ocho años que lo somos? Además, ahora voy a adquirir personalidad; voy a dedicarme a coleccionista.

D.ª DOLO. ¿De qué?

D. CASI. Eso es lo que no he pensado todavía; ya veré. Lo consultaré con Quiroga.

D.ª DOLO. ¡Quiroga! ¡Quiroga! Ese te adula y te explota.

D. CASI. ¡Explotarme! ¿Os parece poco todo lo que hace por mí? Ya visteis el año pasado el homenaje que me organizó.

TERESINA Lo que hizo fué ponerte en ridículo. Un homenaje por ser el más antiguo y asiduo parroquiano de un café: ¡sí que es un hecho!...

D.ª DOLO. Y en lo que consistió el acto. Cinco minutos de libación en tu obsequio. Tú tuviste que abonar todo el champagne, porque allí nadie pagó un cuarto y terminaron borrachos, dando voces y tirados bajo las mesas. Como que hubo individuo que durante los cinco minutos se bebió veintidós copas...

D. CASI. Bueno, bueno; la habéis tomado con mi amigo... Hablemos de otra cosa. ¿Cuándo podré llamarte señora condesa? ¡Esto es una boda! Los padres de tu prometido rebosan de contento.

D.ª DOLO. Claro, como que están entrampados hasta los ojos..., saben la buena dote de nuestra sobrina..., que nuestra fortuna será para ella...

TERESINA Y yo, ¿no valgo nada?

D.ª DOLO. No quiero decir eso...

D. CASI. No hagas caso a tu tía. Dicen que él, desde que recibió tu retrato, no hace más que besarlo y en sus cartas te pone que le parece que

ya te conocía, y es que te llevaba dentro ¡Qué frase! *(Se oyen voces dentro.)*

D.ª DOLO. ¡Chist! Ahí están. *(Salen todos, por la puerta del foro, a recibirlos, y se les oye hablar animadamente.)*

ESCENA VII

Dichos, DOÑA ANA y el conde de LANCI, por el foro.

Doña Ana es una señora de edad madura, de mucha movilidad en el semblante: sus gestos y adëmanes han de ser los de una mujer perspicaz y entrometida: irá bien vestida, pero sin lujo: El Conde de Lanci, como español que es, hablará correctamente en este idioma, pero las palabras que ha de decir en francés las marcará con exageración y todos sus ademanes serán de una finura exagerada. Llevará chaqué, monócle y los guantes en la mano, pero sin poner.

D.ª ANA *(Presentando.)* Mi ahijado, el conde de Lancí. Los señores de López Morales Gómez. Su encantadora sobrina.

TERESINA Usted exagera.

D.ª DOLO. Tanto gusto.

D. CASI. Mucho gusto.

CONDE *(Inclinándose.)* Enchanté, enchanté. Hubiera deseado llegar más temprano, pero ya les escribí que no podía precisar la hora porque mi amigo, el marqués de la Poissonniere, me ha traído desde París en su Rolls y hemos tenido una panne. C'est affreux, c'est affreux. *(Durante toda la escena se pone y quita el monócle, a gusto y discreción del actor.)*

D. CASI. Siéntese, siéntese aquí, al lado de la chica. *(Junto a la mesita de la derecha se sientan Teresina y el Conde; éste casi de espaldas al grupo de la izquierda. En el sofá, doña Ana y don Casimiro, y en una butaquita, al lado del sofá, doña Dolores, quedando entre ésta y don Casimiro, doña Ana.)*

CONDE ¡Oh, merci, que vous êtes aimable! ¿Habrán tenido ustedes carta de mis padres?

D. CASI. Sí, del padre, de los padres, esta mañana.

TERESINA Hemos recibido una carta muy cariñosa de los duques.

CONDE — Lamentan no haber podido venir, il faut les excuser, pero mi madre está delicada y...

D. CASI. — Siempre las mujeres con sus maluqueras... ¡Boda! ¡Boda!, y de pronto, como nos casamos ésta y yo. *(Dentro de la brusquedad del personaje, dará algún golpe en las rodillas a doña Ana.)*

D.ª ANA — Son las que salen mejor.

D.ª DOLO. — A veces.

D.ª ANA — ¿Y qué les parece a ustedes el futuro sobrino?

D.ª DOLO. — Me ha hecho buena impresión.

D.ª ANA — ¡Mi ahijado es una joya!

D. CASI — *(Mirando a Teresina y al Conde, que hablan aparte.)* La simpatía por lo visto es mutua. Ella es un ángel, tímida, educada a la antigua. Dinero no ha de faltarles; lleva un millón..

D.ª ANA — ¡Qué espléndido! Un millón de pesetas, ¿eh?

D CASI — Claro, de duros, serán casi dos el día que faltemos.

D.ª ANA — No hablemos de esto. Los duques han tenido tantas pérdidas que hubieron de fijar su residencia en Francia, porque les era muy doloroso continuar aquí, donde vivieron con tanto lujo. *(Siguen hablando entre ellos.)*

CONDE — ¡Oh, c'est épatant! Ni gemelas os hubiérais parecido más. Eres la misma.

TERESINA — No insistas: te digo que no soy la que tú crees. Sabe Dios con quién me confundes

CONDE — ¡Oh! c'est toi, c'est toi.

TERESINA — Afortunadamente, no, porque si yo fuera esa mujer, no sería nunca la condesa de Lancí. No ibas a casarte con la coqueta que conociste en un baile de máscaras.

CONDE — ¿Pourquoi pas? Soy un hombre a la derniere que prefiere la desenvoltura a la ñoñería. Confiesa que eres aquélla, no me cabe duda.

TERESINA — Pues bien; sinceridad ante todo. ¿Para qué mentir? Desde que recibí tu fotografía, creí reconocerte y temía este momento. ¡Si tú me recordabas!... Yo, ¿sabes?, soy también una muchacha a la moderna que, burlando la vigilancia de mi tía y sobornando a mi doncella, asistí aquella noche con mis amigas Gracy y Laida al baile de la Zarzuela; me acer-

qué a darte broma porque me gustaste y dejé que me besaras porque me enamoré de tí, y después del champagne, al arrancarme tú la careta, escapé por temor a ser descubierta. Ahora puedes aceptarme o rechazarme; no sé fingir.

CONDE — ¿Rechazar por qué? Más que nunca te encuentro adorable. Así quiero que sea la que ha de llamarse mi esposa: que no me oculte ningún detalle de su vida.

TERESINA — Te advierto que desde que salí del colegio lucho con las austeridades de mi tía, ¡más rara!; el tío tiene otro carácter.

CONDE — Ya ves, de mí quizá te digan que tuve una petite amie, una amiguita, que me gusta pasar las noches en Montmartre, lo corriente.

TERESINA — No hago caso de chismes. *(Siguen hablando.)*

D. CASI. — *(A doña Ana.)* Lo dicho: han nacido el uno para el otro. Miren con qué entusiasmo hablan. ¡Bonita pareja! Dios los cría...

D.ª ANA — Ya verá usted qué felices son. ¡Tengo una mano para hacer bodas! En cuatro años he casado a siete y todos encantados.

D.ª DOLO — Pues aquel matrimonio de Valencia...

D.ª ANA — Fué el único; el marido resultó un borracho y le dió mucha guerra, y ya ve usted; a los once meses, viuda. ¿Cabe mayor felicidad? Los demás, sus casas son paraísos; así es que a mí, de agradecimiento, siempre me están llenando de obsequios. Este alfiler *(Por el que lleva en el pecho.)*, regalo de unos y constantemente a comer, al teatro, y los que están fuera de Madrid me invitan a pasar temporadas con ellos.

D. CASI — *(Aparte.)* Esta cobra comisión.

CONDE — *(A Teresina.)* Seremos un matrimonio muy chic; no desentonaremos en nada, ni en el color de la *toilette;* tú hoja seca, yo hoja seca; tú tórtola, yo tórtola, y tendremos un gabinetito fumoir con grandes pieles en el suelo y cojines y unas mesitas chiquititas de laca... ¡estoy loco, loco! *(Le habla en voz baja.)*

TERESINA — ¡Qué galante eres!

CONDE — ¡Soy versallesco!

D.ª DOLO. — *(Aparte.)* ¡Es tonto!

ESCENA VIII

DICHOS y MARI-ROSA, por el foro.

(Mari-Rosa es una muchacha de veinticinco años, que viste sencillo traje de luto. Es una mujer culta, interesante y modesta.)

MARI-ROSA *(Entrando.)* Buenas tardes.

TERESINA *(Contrariada.)* ¿Tú?

D. CASI. *(Idem.)* ¡Mari-Rosa!

D.ª DOLO. *(Idem.)* ¿Cómo has venido tan pronto? ¿No dijiste que estarías allí hasta las nueve?

MARI-ROSA Sí, pero no encontré a doña Ramona y he regresado antes.

CONDE *(A Teresina.)* ¿Quién es esta señorita?

TERESINA Ha llegado esta mañana. *(Por decir algo.)*

MARI-ROSA *(Turbada.)* Con permiso de ustedes, me retiro.

D.ª ANA ¿Quién es esta chica tan mona?

D.ª DOLO Se llama Mari-Rosa.

D.ª ANA ¿Una amiguita de Teresina?

MARI-ROSA Su prima hermana; pero siéntense, que los tengo de pie.

CONDE Y usted también, ¿por qué no? Una parienta muy agradable. *(Aparte.)* ¡Oh, qu'elle est jolie! *(A Mari-Rosa, que se ha sentado en una silla volante, en el centro de la escena.)* Me dice Teresina que ha llegado usted hoy, ¿de dónde?

MARI-ROSA De Cabezón.

TERESINA *(Riendo.)* ¡Vaya un nombre!

MARI-ROSA Sí, es poco armónico, pero de allí procedemos todos. *(Los tíos y la sobrina dan señales de lo mal que les ha sentado la aclaración.)*

CONDE Cabezón, grande tête. Y ¿viene usted por mucho tiempo?

MARI-ROSA No sé; vengo a buscar trabajo.

D. CASI ¡Trabajo! ¡Cualquiera que te oiga!... Es que ésta es literata y quiere hacer novelotes y escribir en periódicos, ¡qué sé yo! ¡Como si eso fuera hacer algo!...

CONDE ¡Qué interesante! ¿Es usted escritora?

MARI-ROSA No, señor; una mala aficionada solamente. Desde chica empecé por Nochebuena a rimar villancicos y después las penas se han des-

bordado en poesía, muy mala, pero espontánea; prosa también he hecho alguna en el periódico de Cabezón, y ahora quisiera ver si puedo colaborar en cualquier revista de aquí; me hace falta; el tío cura con quien vivo es viejo y pobre y es necesario ayudarle.

D.ª ANA — A ver, díganos alguna poesía.

TERESINA — Déjenla, que se azora. Está deseando irse a su cuarto.

MARI-ROSA — *(Resentida.)* Tienes razón; soy muy paleta. *(Se pone de pie y saluda a doña Ana.)* Tanto gusto, señora.

D.ª ANA — *(Reteniéndola.)* Usted no se va sin que la oigamos.

MARI-ROSA — ¡Otro día!

CONDE — ¡Je vous en prie, je vous en prie!

D. CASI — ¡Dejarla, dejarla! Vete tranquila.

D.ª ANA — Que no se va, que no se va, se lo suplico. Díganos alguna composición suya.

MARI-ROSA — Bueno, por complacerlos... Hacerse rogar sin valer nada...

(Recitado.)

AMANECER

El negro cendal que cubre los campos se va descorriendo,
el macho a la hembra da un beso en el nido antes de volar,
allá en el establo la moza las vacas empieza a ordeñar,
suena la campana del viejo convento, está amaneciendo.

Con faz soñolienta las puertas del templo abre el sacristán,
el párroco anciano para ir a oficiar abandona el lecho
contento, a pesar de la áspera tos que rasga su pecho
al ver que los fieles, antes que al trabajo, a la misa van.

Presto en la posada arreos a las mulas pone el mayoral,
de mísero albergue con el rostro triste el médico viene,
que pasó la noche velando a la enferma y gran temor tiene
de que al caer la tarde morirá la niña del terrible mal.

Con el saco al hombro bajan hacia el río gallardas doncellas
y con sus ovejas salen del aprisco jóvenes pastores,

riega una muchacha en una ventana sus tiestos de flores
y es tal su belleza que puede, en verdad, competir con ellas.

Y todo en la aldea comienza a vivir del astro al albor,
sus dorados rayos alientan al hombre para trabajar,
entera Natura con fuerza vibrante nos dice: «¡A gozar!»
Brindando áureas copas de luz y de gloria, de dicha y de [amor.

D.ª ANA ¡Preciosa, preciosa!

CONDE *(Aplaudiendo.)* ¡Ideal, ideal, c'est merveilleux! ¡Señorita, le aseguro que nada tiene que envidiar a Baudelaire, Víctor Hugo, Verlaine, Musset!...

D. CASI. Sí, sí, todo eso. ¡Y qué bien está lo de las vacas, las mulas, el mayoral!...

D.ª DOLO. *(A Mari-Rosa.)* Muy bien, niña, muy bien. *(Al Conde.)* ¿Ama usted las bellas artes?

CONDE Amo las artes de las bellas. ¡Frase mía, frase mía!

TERESINA *(A Mari-Rosa.)* Te has ganado una ovación.

MARI-ROSA ¡Oh, por Dios muchas gracias! Son ustedes demasiado indulgentes conmigo.

D.ª ANA ¿No dice otra?

MARI-ROSA No, señora; ya he molestado bastante.

CONDE ¿Molestar? ¡Un rato delicioso! Yo estoy...

D. CASI. *(Que se ha levantado al terminar la poesía, dando golpes en el hombro al conde.)* ¡Conde, conde!

CONDE *(Llevando la mano al hombro, como si le doliera.)* Es usted fuerte.

D. CASI. Como que todos los días hago una hora de gimnasia sueca y me dan unas friegas magníficas un día sí y otro no.

CONDE Pues he acertado a venir en el día sí.

MARI-ROSA Muy agradecida. Con permiso de ustedes me retiro.

CONDE ¿Se va? ¡No quiero, no quiero!

D.ª ANA *(Al conde.)* Vamos, no te pongas tontito... *(A los demás.)* Nosotros también nos marchamos para no llegar tarde a la comida.

CONDE *(A doña Dolores.)* Madame, he tenido un verdadero placer... *(Se vuelve a Teresina para despedirse y se queda verdaderamente extasiado.)*

D.ª ANA (*Viendo la pareja.*) ¡Qué entusiasmados! Parecen Eloísa y Abelardo.

D. CASI. Es verdad. Parecen Daoiz y Velarde.

MARI-ROSA (*Aparte.*) ¡Qué barbaridad!

D.ª ANA (*A Teresina.*) Adiós, monísima.

D. CASI. Vamos, vamos con ustedes hasta la puerta. (*Salen todos, por la puerta del foro, menos Mari-Rosa, acompañando a doña Ana y el conde, y vuelven en seguida.*)

ESCENA IX

MARI-ROSA, DOÑA DOLORES, DON CASIMIRO y TERESINA

TERESINA Vamos a vestirnos a escape. Tengo que hablar con el maitre. ¡Mira que tío Casimiro encargar tortilla a la francesa para una comida de noche!

D. CASI Yo..., como vienen de Francia..., me pareció a propósito.

TERESINA Y arroz con leche, ¡qué cursilería!

D. CASI Porque es el postre que más me gusta.

D.ª DOLO. (*A Mari-Rosa.*) Yo no me cambio de vestido; estoy bien así, ¿verdad?

MARI-ROSA Para mí, perfectamente.

TERESINA Pero para los demás, no, y como tú sola no la has de juzgar...

MARI-ROSA Entiendo poco de estas cosas, pero si vais a ser familia...

D.ª DOLO. Naturalmente; debemos tratarnos con confianzan. (*A Teresina.*) Si quieres, me pondré aquel encaje de Bruselas...

TERESINA Menos mal; y despídete, porque luego no podemos más que salir a escape.

D. CASI. Voy a vertirme. Adiós, Mari-Rosa. (*Vase por la izquierda.*)

D.ª DOLO. (*A Mari-Rosa.*) Adiós, hija mía; ya ves las circunstancias; no tenemos más remedio que marcharnos. (*Empieza a entrar la luna por el ventanal.*)

TERESINA (*Empujando a doña Dolores.*) Anda, tía, que es tarde. (*Vase doña Dolores por la izquierda.*) (*A Mari-Rosa.*) Adiós, Mari-Rosa. Quedas en tu casa; si no tuviéramos confianza... Cuando quieras comer, tocas el timbre, y servida a los cinco minutos. (*Vase por el foro.*) (*Al*

salir, apaga la lámpara del techo, quedando solamente encendida la del pie. En este momento es cuando se nota el rayo de luna que entra por el ventanal.)

ESCENA X

MARI-ROSA, sola.

MARI-ROSA ¡Qué tristeza! Estoy desorientada. Deseo ver a Rogelio; él me aconsejará... ¡Qué gente! Se avergüenzan de mí, quieren alejarme... Sin duda he cometido alguna imprudencia, no debí decir...; pero es que me dolió... ¡Madrid! Unas cuantas horas me han bastado para aprender mucho... Y el pobrecito tío cura que cree otra cosa... Claro, yo también lo creía; las cartas eran un puro engaño. ¡Qué distinto viven a cómo escribían! «Que siempre en la iglesia, que la caridad, que el amor a los suyos...» ¡Buen chasco! Yo, con esta cabeza llena de fantasías, vine ilusionada, figurándome que serían un apoyo para mí. ¡Qué decepción! *(Pausa. Se asoma detrás de las vidrieras del ventanal.)* ¡Qué noche tan hermosa, tan serena!, igual a la que hace poco contemplé tras el ventanal de mi casita de pueblo, inspirándome aquella poesía que empezaba... ¿Cómo?... ¡Ah, sí! *(Recitando.)*

La noche es azul y todo está en calma,
Sólo en el estanque se escucha el croar,
En dulces anhelos se mece mi alma
y todo en la noche me invita a soñar.

Un hada imagino que viene hacia mí,
Triunfante cruzando el diáfano espacio,
Envuelta en un manto color de rubí,
Y en una carroza de oro y topacio.

Con su cetro toca mis pálidas sienes,
«Destierra», me ordena, «lo amargo en la vida,
Para tí yo traigo los más caros bienes,
No sufras ya más, desprecia y olvida.»

(En este momento aparece Rogelio por la puerta del foro y, dejando la capa y el sombrero sobre el sofá, avanza silenciosamente, durante el resto de la poesía, sin interrum-

pirla. Después coje unas rosas de uno de los jarrones, y con ellas en las manos, se va acercando a Mari-Rosa.)

Y todas mis penas se van alejando,
Inunda mi pecho un goce profundo,
Mis oídos halagan las ninfas cantando
Y un vergel inmenso me parece el mundo.

Aspiro con ansia los gratos aromas
Que rosas y nardos le dan al ambiente,
Y siento el rozar de suaves palomas,
Y escucho el susurro de cercana fuente.

Cupido en su copa me brinda ambrosía,
Flora sus guirnaldas comienza a tejer,
Se borra la noche y el astro del día
Allá en lontananza veo aparecer.

Sus irradiaciones doran el espacio,
¡Qué hermosa es la vida en mi despertar!
Y pienso en el carro de oro y topacio,
Y pienso en la diosa que me hizo olvidar

ESCENA XI

MARI-ROSA y ROGELIO.

Rogelio es un bohemio de unos veintiocho años. Se peina con cierto desorden, y usa algo de melena. Lleva chalina negra, chambergo, negro también, y capa española.)

ROGELIO *(Arrojando a los pies de Mari-Rosa las flores que cogió del jarrón.)* «Y pienso en la diosa que me hizo olvidar.»

MARI-ROSA *(Sorprendida.)* ¡Rogelio!

ROGELIO ¡Mari-Rosa!

MARI-ROSA ¿Cuándo has entrado?

ROGELIO Desde aquello de: «Desprecia y olvida.» ¡Hermosa poesía! ¿La improvisabas ahora?

MARI-ROSA No, allá, hace unas noches. «Ensueño» la titulo, soñador.

MARI-ROSA Pues soñemos aquí entre el amor y las rosas.

MARI-ROSA No puede ser, hay que volver a la realidad.

ROGELIO ¡Qué hermosa estás! ¿Has pensado mucho en mí? *(Va a besarla.)*

MARI-ROSA *(Desviándose.)* ¡Quieto, formal! ¡¡Maluco!!, como te decía mamá.

ROGELIO ¡Tu pobre madre! He sentido de veras su muerte.

MARI-ROSA Te nombraba mucho. Eras el sobrino a quien más quería.

ROGELIO Y el padre cura, como yo le digo y se ríe, ¿cómo está?

MARI-ROSA Enfermo.

ROGELIO Por eso me han escrito del pueblo que venías a buscar trabajo porque no os alcanza con la mezquindad que tenéis. Yo no puedo consentirlo; ahora gano lo suficiente para ayudaros.

MARI-ROSA Han exagerado. Efectivamente quisiera colaborar en algún periódico, no por necesidad, por distracción. Claro que no iba a rechazar lo que me diesen... Tú mismo podrías recomendarme.

ROGELIO Sí es tu gusto, lo haré, pero por dinero, no; Ahora gano más, mi último concierto ha sido un éxito y me ha dado grandes rendimientos.

MARI-ROSA ¡Y gloria, sobre todo gloria! Como que eres un virtuoso eminente. *(Recoge las flores y las coloca en los búcaros.)*

ROGELIO *(Por las flores.)* Bien están a tus pies.

MARI-ROSA Eso piensas tú, pero no ellos, y si las vieran ahí...

ROGELIO ¡Cómo los temes! Los encontré al entrar. Iban a vender a la niña.

MARI-ROSA Mira, Rogelio, lo urgente es que me aconsejes referente a esta familia, que por mucho que se avergüencen de mí, no será tanto como yo de ellos.

ROGELIO Los conozco bien. Lo mejor de la casa es tía Dolores. El tío y la niña son unos cínicos con monomanía de grandeza. Durante mi estancia en este hotelito hasta he llorado. Decían que no podían transigir con mi vida bohemia; así llamaban a mi constante trabajo. A mis amigos los calificaban de golfos, lo que eran los suyos, que entraban aquí como en país conquistado. Por poco tengo un disgusto con uno que quiso faltar a Teresina; verdad que

la niña es muy provocativa, pero los caballeros nunca deben olvidar que lo son... ¡Bah! Hablemos de tí.

MARI-ROSA Yo marcho mañana.

ROGELIO ¡Tan pronto! ¿Y no sería mejor traer al tío cura hasta que nos casemos?

MARI-ROSA Espera; boda por ahora, no... «Y sí aquella mujer de aquella historia», como dice Campoamor.

ROGELIO No, ésa no vuelve jamás. Te lo he escrito cien veces; para mí, murió.

MARI-ROSA Conozco el idilio. La huérfana, seducida y abandonada por un miserable..., tú, que te compadeciste...

ROGELIO Ese fué mi engaño; creerla una víctima como mi pobre madre, santa mujer sacrificada en aras de su amor y abandonada luego; su pecado no fué sino un dolor que la hizo más excelsa; por eso la quise cuanto un hijo puede querer, y llevo su nombre con orgullo, aunque fuera un estigma para ella, pues como los hijos legítimos ostentan en primer lugar el paterno, los naturales vamos pregonando la deshonra de la madre. ¡Ah! ningún nombre debía anteponerse al de la que nos llevó en sus entrañas, que es quien tiene mayor derecho de posesión sobre nosotros. *(Pausa.)*

ESCENA XII

Dichos y GRACY, por el foro.

GRACI *(Dentro.)* Estoy casi segura de haberlo dejado aquí. *(Entra, seguida del criado.)* ¡Qué oscuridad! Rogelio, me has asustado; no pensé que ibas a surgir de estas sombras. *(Bajando la voz.)* ¡Qué acompañado! ¿Doncella nueva?

ROGELIO *(Presentando.)* Mi prima MARI-ROSA, la señorita de...

GRACY *(Sin hacer caso de la presentación se vuelve a decir al criado.)* Telefonée usted a la Peña «Socios», y pregunte si está allí el señorito Paco Vélez. Si dicen que sí, que se ponga al aparato. *(Vase el criado por el foro.) (A Rogelio.)* Ayúdame a buscar el bolso. Lo he debido dejar aquí antes. Ya sé que la fami-

lia está en el Ritz; allí me ha invitado esta noche la princesa Escovachovik, una rusa muy atrayente que me han presentado el otro día. Ahora voy a su casa; abajo tengo un taxi.

CRIADO *(Entrando por el foro.)* El señorito Paco Vélez no ha ido esta noche a la Peña. *(Vase.)*

GRACY ¡Granuja! ¡Y me dijo que comía allí con unos amigos!... Es muy chulón. Chico, estás más guapo desde que te ha dado por vestirte así... Te va..., te va...

MARI-ROSA *(Un poco molesta.)* Me parece que el bolso no lo ha dejado usted aquí.

GRACY Puede... tengo una cabeza...

MARI-ROSA *(Con intención.)* Ya se ve.

GRACY El bolso no vale nada; pero es que guardo en él una pitillera que me regaló un tenor italiano, que es una monada.

ROGELIO ¿El tenor?

GRACY El tenor y la pitillera. Vaya, adiós, chico y déjate ver. *(Medio mutis.)* Oye, envíame ese fox que tocabas y que se titula: «Bésame así». *(Le dice esto acercándose mucho y como si fuera a realizar el título del fox. Vase por el foro.)*

ESCENA III

MARI-ROSA y ROGELIO.

MARI-ROSA ¡Otra mujer!

ROGELIO Esa es una loca.

MARI-ROSA Me figuro que ha venido por algo que no es el bolso.

ROGELIO Ha venido porque como a la doncella que me llevó tu carta la ha colocado ella aquí, la entera de cuanto pasa. Le diría que me habías escrito, que yo vendría a verte y la curiosidad la ha traído; pero no te preocupes, nena, pensemos sólo en que pronto iré al pueblo para que nos eche la bendición el tío cura y vengamos los tres a vivir felizmente, no en un palacio, como desearía para tí, sino en mi castillo encantado, como le llamo al quinto piso en que habito.

MARI-ROSA Hay que esperar.

ROGELIO Pero más de un año, no. Mira que marcharte mañana por ser esta gente así... ¡Qué des-

precio siento hacia ellos, y ahora más, desde que te han hecho sufrir!

MARI-ROSA He aprendido mucho en estas horas.

ROGELIO Pues puede que todo ese dolor, todos esos desengaños, te hagan vibrar como nunca, y, en tu exaltación, germinen en tu cerebro ideas nuevas de las que quizá surja tu obra cumbre... Mira ¡cuántas veces a mí, en días de tristeza, de humillaciones, de hambre, escuchando desde mi azotea el rumor que subía de la calle, parecíame ver revolverse abajo un mundo de ambiciones, de vanidades, de odios, y creíame muy cerca del cielo, flotando en el espacio y desligado de todo lo que no fuera el amor y el arte!, y en momentos tales, cogiendo, más bien abrazándome a mi violín, acariciándole suavemente con el arco, hacía brotar de él sonidos que semejaban lamentos del alma, rumores de besos, susurros de palabras apasionadas. Sí, le hacía hablar, le transmitía toda mi emoción y en él caían mis lágrimas. Por eso los artistas debemos amar el dolor, porque es el que más nos inspira, y debemos también despreciar las envídias, las pequeñeces, y marchar por la vida con altivez, la mirada fija en las estrellas y envueltos con orgullo en nuestra capa española como en un manto real.

MARI-ROSA Tienes razón; no hay que ensombrecer nuestra vida. Marcharé en ella de tu mano y han de parecerme rosas las espinas... Ahora vuelvo allá confortada.

ROGELIO Sí, nena, a ser felices; créeme, yo nunca he querido más que a mi Mari-Rosa; todos los momentos de mi vida los llenas tú, y hasta por acercarme más a tí, me he vuelto poeta... oye: ¡quién sabe si la noche que te inspiró la poesía que acabo de oirte, fué la misma en que yo, sintiendo nuestras almas al unísono, improvisé estas mal hilvanadas estrofas en que vibras tú!

MARI-ROSA ¡Rogelio!

ROGELIO *(Estrechándola.)* Escucha:

Déjame ver el fondo de tu alma
en donde vibra siempre la poesía,

en esta noche todo amor y calma
quiero juntar tu musa con la mía.

Mi pobre musa ante tu inspiración
nunca atrevióse a levantar el vuelo;
mas hoy te pide que a mi corazón
le des tan sólo un poco de consuelo.

Ella ha sido engendrada por el llanto
y se crió por el dolor mecida;
por eso destilar ves en mi canto
las tristezas amargas de mi vida.

Por eso libar quiero de tu alma
la miel que en ella derramó Poesía,
y en esta noche todo amor y calma
quiero juntar tu musa con la mía.

(Al empezar la tercera estrofa empieza a caer lentamente el telón, y ha de coincidir exactamente el caer del todo con el final de la poesía.)

FIN DEL BOCETO

JUICIOS DE LA PRENSA

La Prensa madrileña, al ocuparse del estreno de «Dios los cría...», lo hizo en los siguientes términos:

« El Sol »

«Según se advierte en el brevísimo prólogo, la autora se ha propuesto únicamente, en la obra anoche estrenada, bosquejar unos cuantos tipos de los que ofrece con profusión la comedia de la vida, sin darles más interés que el de sus propios gastos vanos que los hacen vivir un momento. Sólo dos personajes, los que conciertan el dúo lírico, simbolizando el amor y el arte, detienen con más complacencia la mano que los dibuja. En los demás se ridiculizan pequeñeces y mezquindades del día, que son de ayer y de siempre.

El público acogió muy complacido la obra y no encontró mal hilvanadas, como dice uno de los personajes, las estrofas que recitaron la señorita Lajos y el señor Costa, encargados de los papeles serios. Antes al contrario, a la terminación de una de esas poesías, llamó a escena insistentemente a la autora, que tuvo que presentarse también repetidas veces al final del boceto de comedia, en cuya interpretación sobresalieron, con los nombrados, Loreto Prado, Enrique Chicote y Julio Castro, admirable en su caracterización de un cumplido galán cómico.»

« Heraldo de Madrid »

«Ya doña María Luisa Madrona de Alfonso, escritora de méritos positivos, había saboreado las mieles del éxito en el teatro, y anoche volvió a gustar de ellas con el estreno de su comedia «Dios los cría...», en el Cómico

Una generosa intención ha movido a la autora a llevar a la escena el conflicto que nos presenta en su nueva obra: hacer resaltar el triunfo del arte y del amor por encima de toda miseria humana. Y en justicia se ha de consignar, que la señora Madrona de Alfonso ha logrado su propósito.

Un fondo de ternura y de consuelo, de dulce y amable optimismo fluye de esta sencilla comedia, en que todos sus personajes vienen á representar, firmemente trazados, a esos caracteres mezquinos y puros, trascendentales y simples que van juntos por la vida y con los cuales tropezamos

uno y otro día. Quizá es este el mayor acierto de la obrita: ofrecer al lado de un tipo trivial, pero humano, otro en cuyo espíritu alienta el más noble de los ideales, el amor hecho carne y el arte hecho hombre. De esta suerte, satirizando al mezquino y enalteciendo al elegido, se establece mejor el contraste entre el bien y el mal, entre la grandeza del alma y la pobreza del cuerpo.

La aguda intención con que la autora resuelve algunas situaciones de «Dios los cría...» es reveladora de las cualidades que la señora Madrona posee para el teatro.

Muy inspiradas las poesías, que en momentos oportunos de la comedia recita el personaje principal de la obra, poesías que se acogieron con aplausos entusiásticos. La interpretación fué muy afortunada. Loreto Prado, Julia Lajos y la señorita Melchor dieron gran relieve a sus papeles, y Enrique Chicote, Castro, en un tipo muy gracioso; Henche y Costa, realizaron una muy estimable labor Acertadas las señoritas Solís y Martín.

Al terminar la representación, autora e intérpretes escucharon muchos aplausos.»

« La Voz »

«Doña María Luisa Madrona de Alfonso es una linajuda dama, de origen cubano, emparentada con gran parte de la aristocracia madrileña. De brillantísima posición social, alterna sus ocios entre el cuido amoroso, maternal y espléndido de infinidad de niños pobres y el cultivo de las bellas letras, de las que es vehementemente apasionada.

Títulos son estos, de artista y de caritativa, que la hacen acreedora a la más alta estimación social. Así anoche, ante el anuncio del estreno de un boceto de comedia original de esta distinguida dama, el teatro Cómico se vió completamente lleno de un numeroso público que quiso testimoniar con su presencia y su aplauso alentador la simpatía que generalmente inspira esta interesante figura de la vida madrileña.

La señora Madrona de Alfonso, con los elementos que acumula en «Dios los cría...», pudo haber compuesto con desahogo una interesante comedia en dos o más actos; pero modestamente, con una timidez que merece toda suerte de elogios, se limita a construir un interesantísimo boceto, en el que apenas se diseñan unos cuantos tipos de la vida corriente, que no hacen más que presentarse, con toda sinceridad, para exteriorizar, acaso con un exceso de pesimismo en la autora, la insubstancialidad de sus existencias.

Entre estos muñecos, admirablemente observados, destaca con la fuerza de su trazo el tipo del «nuevo rico», incorporado con gran fortuna por el nuevo catedrático de Declamación, don Enrique Chicote.

Generalmente los personajes tienen un discreto matiz cómico, con excepción de la pareja lírica, que simbolizan el arte y el amor, y que han sido tratados por la autora con mayor complacencia y detención. Estas dos figuras están encargadas de recitar varias bellísimas y tiernas composiciones poéticas, que el público aplaudió con entusiasmo, obligando a interrumpir la representación para que saliese a escena la señora Madrona de Alfonso.

La obrita gustó mucho al público y al cronista por la delicadeza de factura y por las hondas sugerencias que entraña, y al final fué solicitada de nuevo la presencia de la simpática y notable escritora en el palco escénico.

La genial Loreto Prado, en un papel de actriz de carácter, inferior a su categoría; la señorita Lajos, elegantísima y muy expresiva; Chicote, Costa, Castro, delicioso de galán cómico y magnífico de caracterización, y el joven actor Melgares, encargado de recitar un breve y discretísimo prólogo, todos los intérpretes, sin excepción, merecen nuestros más cumplidos elogios.

«Dios los cría...» se montó con verdadero lujo y buen gusto.

Felicitamos cordial y calurosamente por su buen éxito a la distinguida escritora, a quien enviamos desde estas columnas nuestro saludo más rendido y afectuoso.»

«A B C»

«La señora Madrona de Alfonso, que cultiva ventajosamente el deporte literario, estrenó ayer en la escena del Cómico un boceto de comedia, cuyas primicias ya disfrutaron los que vieron representar dicha obra en una Sociedad artística de las dedicadas a la difusión del arte escénico.

Al ofrecerla al gran público, el éxito ha correspondido plenamente al noble intento de su autora que hubo de personarse repetidas veces en el proscenio al finalizar la representación y en el transcurso de la misma.

«Dios los cría...» es un feliz ensayo, escrito con el mayor decoro literario, en el que se entremezclan elementos de realidad, aspectos de la vida mundana al uso, con fervores románticos, que culminan en dos o tres momentos de poéticas visiones.

Representaron con todo esmero la comedia, acogida con el

mayor aplauso, los artistas del Cómico, sobresaliendo Loreto y Chicote en dos tipos escritos para su manera; Julia Lajos, que, con sus artísticas elegancias perfuma la comedia; Luisa Melchor y Castrito, que, como siempre, subrayó con mucho gracejo su papel.»

« La Nación »

«En «Dios los cría...», como cumple a la pretensión lograda de su inteligente autora, todo está abocetado; pero con la precisa seguridad en los trazos y la idea noble, elevada de la obra, marcada con el relieve necesario.

La parte de sátira es afortunadísima y con rasgos de ingenio, que fueron subrayados con elogio por el público.

El diálogo, fácil y flúido, perfectamente entonado con la índole de la comedia, denota en su autora una pluma fácil y limpia, de la que puede esperarse mucho.

Perfectamente intercalados en la acción hay dos bellos trozos poéticos, muy inspirados e impregnados del más alto fervor idealista.

El boceto de la señora Madrona de Alfonso obtuvo el más caluroso y unánime éxito, siendo reclamada su presencia en el proscenio durante la representación e infinidad de veces al finalizar ésta.

Los artistas del Cómico, acertadísimos. Loreto y Chicote, deliciosos de gracia y maestría. Castro, maravilloso en ingenio y caracterización, y Julia Lajos, que dijo de manera admirable la parte poética de la comedia, demostró una vez más que es una de nuestras mejores actrices.

En resumen: un éxito para todos y una prueba elocuente de que doña María Luisa Madrona de Alfonso es una excelente escritora, de mucho talento y de un gran porvenir.»

« El Liberal »

«En este teatro tuvo lugar anoche el estreno del boceto de comedia, en un acto, «Dios los cría...», de doña María Luisa Madrona de Alfonso.

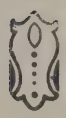
La obra, admirablemente escrita, encaja perfectamente en el simpático carácter de la compañía de Chicote, y dió margen, con sus situaciones cómicas, al lucimiento completo de las huestes que acaudilla el nuevo catedrático de Declamación.

Loreto Prado, Julia Lajos y los señores Chicote y Castro desempeñaron sus papeles con su habitual maestría. También fueron muy aplaudidas las señoras Melchor, Solís, Martín y otras.

La señora Madrona salió varias veces al palco escénico a recibir los aplausos constantes del público.»

«Blanco y Negro»

«Dios los cría...» es un boceto de comedia, original de doña María Luisa Madrona de Alfonso, en el que con gran pulcritud literaria y delicada visión artística se acierta a dar al público, en feliz consorcio, claras visiones de la vida real y sentimentales aspectos de un romanticismo encantador. Loreto y Chicote, con Julia Lajos, Luisa Melchor y Castrito, bordaron la obra y lograron para la autora y para ellos grandes ovaciones.»



Obras de la misma autora

«Poesías».
«Cuentos».
«Los recibos de Ester» (Novela).
Rosas de Sangre (Novela).
La tobillera «ultra-chic» (Monólogo).
¡Ladrón! (Monólogo).
Canciones.

EN PREPARACIÓN

La gata del boulevard (Comedia).

3 0112 127861729

Precio: DOS pesetas